

FRANCISCO SOSA WAGNER

Novela ácida universitaria



Novela ácida universitaria
Aventuras, donaires y pependencias en los claustros

COLECCIÓN
LITERADURA

Francisco Sosa Wagner

Novela ácida universitaria

Aventuras, donaires y pependencias en los claustros



PRIMERA PARTE
DONDE SE DIBUJA UN AMBIENTE

ADALBERTO, MUCHACHO CON OJOS de vagos reflejos verdes, armazón definido pero anhelos indefinidos, tenía que olvidarse de sus torturas íntimas, nacidas al fracasar en algunas aproximaciones carnales con las chicas. Carecía de seguridad, se enredaba en fabulaciones y temores y, al cabo, se veía obligado a dar explicaciones penosas. En alguna ocasión había logrado cumplir, pero tantas vacilaciones lograban arrasar su ánimo. Para él el sexo se había convertido en una incertidumbre, una aprensión, un enigma pleno de interrogantes.

Que iba a arrastrar este complejo lo sabía, que debería consultarlo en una de esas clínicas sexológicas que se anuncian en los periódicos, también, pero le podía la timidez, el miedo a enfrentarse a algo tan íntimo y que en esta sociedad da para tanta hilaridad; aunque no es fácil que los

especialistas a quienes se consulta se dediquen en el bar a dar tres cuartos al pregonero.

Pero en fin, ahora que ha acabado la carrera, ha de ocuparse de otros asuntos que pasan por su futuro profesional, decidir qué hacer en la vida, cómo enderezar sus esfuerzos hacia un fin productivo que le permita vivir con comodidad. Con el título de Derecho, la verdad es que es posible emprender muchos proyectos: lo mismo se puede ejercer de secretario de embajada en Costa Rica que de magistrado en la Audiencia de Ávila o de secretario en la Diputación de Córdoba. O abrir un despacho para exhibir en él conocimientos especializados sobre tributos, sobre seguros, sobre matrimonios o cualquier otro enredo de los que generan mucha litigiosidad en la sociedad y dan para vivir, al principio con dificultades, pero, poco a poco, si se trabaja bien, con algo de holgura.

Más por tradición familiar que por convicción, Adalberto se había afiliado al PSOE y a la UGT cuando cumplió los dieciocho años: empezó acudiendo a algunas reuniones: pesadonas, repetitivas, balsas de tabaco y sudor, algo así como saunas donde el vapor eran las broncas, y el decorado, las peleíllas por cargos irrelevantes. Pronto se aburríó, y hoy su carné yace dormido Dios sabe en qué cajón o en qué bolsillo de qué pantalón. No descartó, con todo, ofrecer sus servicios como abogado laboralista al sindicato para llevar pleitos de

despedidos, pero, francamente, le pareció un comienzo profesional poco glorioso. Si al final había de recurrir a esa triste vida, lo haría, qué remedio. ¿Pero empezar por ahí...?

Además, como había sacado buenas notas en bastantes asignaturas, le habían tentado los profesores y algunos conocidos.

—Prepara oposiciones, Adalberto, es un camino seguro para un chico despierto como tú.

No estaría mal ser todo un notario... en Valladolid, ciudad luminosa por castellana y reumática por vieja, pongamos por caso, tener la placa puesta en una calle principal y la salita de espera llena de clientes deseosos de obtener su firma en una escritura, en una hipoteca; tener empleados que hacen lo peor del trabajo, y ser llamado por aquí y por allá como fedatario, siempre con el tratamiento de «señor notario». Pero suponía muchos años de preparar rutinariamente unos temas y, aunque Adalberto era aficionado al estudio, no tenía tan fijo el culo en el asiento como para memorizar sin descanso un programa que es todo menos que ameno. Su amigo Gustavo, algo mayor que él, se dejó en el empeño el cabello que lucía, el color terso y luminoso de su piel y, lo que es peor, a la novia, Dulce Remedio, una chica de toda la vida con quien hacía buena pareja y que, harta de esperar a Gustavo en la puerta de su preparador, un notariato empedernido con cara de oveja de belén, se acabó escapando con

un argentino que le daba clases de tango. Un disgustazo para Gustavo por los cuernos manifiestos que deslucían su frente y porque odiaba el tango, que le parecía el más alambicado y cursi de los bailes. ¡Si al menos hubiera sido el chotis!, se decía compungido, sin saber probablemente en qué consistía el chotis, porque no figuraba entre los temas del Derecho Hipotecario.

Estos antecedentes le alejaban de la notaría, de sus sellos y de sus firmas y contrafirmas, de sus protocolos amarillentos como guardianes que son del polvo con que los siglos adornan contratos y cláusulas sibilinas. Y la pregunta de su futuro seguía, claro es, en pie. La judicatura la descartó pronto porque todos los días veía salir del portal de su casa a un viejo magistrado que presidía una sección de la Audiencia; era enjuto e iba vestido como quien se está probando ya el sudario. Este hombre, al enfilarse la calle, se santiguaba varias veces, sacaba una medalla de un bolsillo y la besaba como si fuera un objeto erótico, y luego, ya bendecido por una estampa iba hacia la Audiencia, santamente fortificado, a juzgar y a ejecutar lo juzgado, pues era lo que le habían enseñado en la Facultad que hacían los jueces.

Adalberto conocía de lejos a un abogado del Estado, joven remilgadillo, muy puesto siempre, con su corbata de seda, sus chaquetas cortadas a medida y sus pantalones vaqueros también a medida, no del vaquero, sino de él mismo.

Se le veía soportar el peso del Estado, que no es poco peso cuando no se han cumplido los treinta y tampoco se tiene cabal noticia de lo que significa esa entelequia que es el Estado. A Adalberto le causaba admiración el abogado porque, como era soltero, tenía siempre media docena de niñas al retortero. Se las veía por la tarde en una cafetería de moda, zalamerillas, candongas, como decía su abuelo, riéndole las gracias y él distribuyendo sus bromas como podía, porque, la verdad, le salían amaneradillas, aderezadas con un vigor desteñido.

En esa cafetería había un gigantesco espejo, y era de observar cómo el abogado del Estado se miraba en él, se jactaba de su apostura y perfilaba de vez en cuando un pelo que le sobresalía, anárquico, de las cejas. Adalberto admiraba a esos funcionarios porque creía que se esforzaban por defender lo que es público, aunque también hay que decir que muchos propenden a olvidarse de su sagrado ministerio cuando oyen cerca el tintineo de la bolsa que les ofrece un banco o una compañía de seguros. Entonces todo se diluye en una genuflexión ante los señorones que representan los grandes patrimonios; y lo mismo había oído Adalberto que ocurre con los inspectores de Hacienda, aunque esta perspectiva profesional nunca se la había planteado porque había que aprender muchos números, y los números, para las personas decentes, son algo así como los huesecillos que nos encontramos en la sopa.

Carecía Adalberto de ideales firmes. Su ocurrencia de afiliarse al PSOE fue algo circunstancial; venía —eso sí— de una familia de «rojillos», pero todos bastante descoloridos, aunque su padre había militado siempre con los socialistas y su hermano mayor le embromaba llamándole «socialfascista» porque él era comunista. ¡Cualquiera sabe lo que en verdad era! A Adalberto todo aquello le parecía de mentirijillas, papel pintado. En la Facultad había acudido a algunas manifestaciones pacifistas, e incluso se puso una vez el pañuelo palestino para protestar contra alguna burrada cometida por algún israelí en los territorios ocupados. Cuando una chica se rio de él, Adalberto se lo quitó y maldijo el dichoso pañolón.

Ahora ya se habían acabado las bromas, y se trataba de buscar la forma de ganarse la vida. Adalberto le daba vueltas a aquel abogado del Estado de los pantalones vaqueros que jamás habían visto ni de lejos una vaca. Pero, pensaba, para ser abogado del Estado no era necesario tener trato con vacas, sino que había que aprenderse más de quinientos temas. Le aconsejaban —quienes estaban en el secreto de estos empeños— que debía ir a Madrid, donde enseñaban los preparadores con mayores influencias. Todo aquello le producía a Adalberto un cierto mareo. Años y años encerrado y sin saber el final de la película, porque la mayor parte de aquellos esforzados jóvenes quedaban fuera del ansiado escalafón, arrastrando ya de por vida cara de desecho humano, miran-

do de soslayo los temas de Derecho Civil, de Derecho Administrativo, amontonados en su habitación, tumba de tantos años e ilusiones, inservibles ya, silenciosos en un rincón. Los más de esos opositores fracasados acababan tirándolos a una papelera donde caían los folios sobados y resobados como caen las cabezas en el canasto al pie de un cadalso.

La suerte de su vida la determinó, ¿quién lo iba a decir?, una descomposición. Una diarrea, como dice el vulgo, que suele ir al grano.

Este lance exige una explicación. Adalberto acudió una mañana a la Facultad a pagar las tasas del título de licenciado y recoger el diploma cuando advirtió, en el mismo recinto de la secretaría del centro, al atenderle una afanosa funcionaria contenta porque estaba a punto de cumplir el sexto trienio, advirtió, digo, un apretón que temió se descontrolara allá en el hondón de sus tenebrosas intimidades: tal era la intensidad de su manifestación dolorosa y el vigor de sus pedos, que, no por quedos, dejaban de ser pedos.

Excusándose, Adalberto se fue directo al escusado, donde descargó con ímpetu y aliviadora alegría. Sintió un poco de vergüenza porque notó que había alguien, bien orinando, bien desahogándose en la cercanía más inmediatea. El solo hecho de pensar que fuera un profesor le ruborizó, por eso resistió en el recinto sagrado hasta que tuvo la constancia absoluta de que nadie le iba a ver.

Pensó en la cena de la noche, en un trozo de pastel que le ofreció una amiga a quien encontró por la calle, en una lata de callos que había consumido un par de días antes... Imposible dar con la causa inmediata. El caso es que Adalberto abandonó aquellas cavilaciones porque se sintió francamente repuesto y volvió a la secretaría. Aquella funcionaria, experta en expedir títulos y mimar las pólizas como si fueran criaturas con vida propia, ya le tenía dispuesto el documento oficial que le acreditaba como licenciado en Derecho. Nada menos.

Tan alegre, Adalberto se entretuvo en ver algunos anuncios de cursos y seminarios antes de enfilarse la puerta para buscar el autobús que debía conducirlo al centro.

Pero el diablo, que nunca descansa, le mandó otro retortijón, anunciador de una nueva tormenta de excrementos que ya demandaban sin excusas una salida atropellada. Adalberto se asustó, volvió al *hall* de la Facultad y se sentó en un banco a la espera del curso de los acontecimientos. Por nada del mundo quería alejarse del lugar seguro de un retrete cercano. Y menos mal que se condujo de aquella manera tan prudente, porque, en efecto, una segunda oleada de descomposición le convirtió en el usuario más tenaz aquella mañana de los servicios excrementicios de la Facultad. Nunca, en cinco años, había hecho uso de ellos con tanta contumacia, pues casi siempre, cuando llegaba a las clases, venía ya aligerado de casa.

Esta vez sí pensó que había descargado toda la infección o lo que fuera, y que podía dar por concluido el episodio.

Con todo, quizás por previsión o por descansar pues el trasiego le había dejado un poco trastornado, se volvió a sentar en el banco del *hall*, donde en aquellos momentos no había nadie.

Y fue entonces, justamente entonces, cuando se produjo el hecho milagroso que iba a cambiar su vida. Se abrió la puerta del servicio y de él salió, subiéndose pudorosamente la bragueta, el señor catedrático de Derecho Constitucional: don Anselmo. Le saludó por su apellido y le preguntó, de sopetón:

—Tenía pensado llamarle, Campano. ¿Tiene decidido qué va a hacer?

—La verdad es que no, don Anselmo.

—Venga a verme mañana, después de la clase de segundo. Ya sabe, en mi seminario, en la segunda planta, al lado de esos blasonados colegas de Historia del Derecho que usted bien conoce —añadió medio bromeando.

Adalberto pasó la noche algo inquieto, y no por las turbulencias intestinales, ya aplacadas, sino por la inesperada visita que debía hacer al día siguiente a don Anselmo.

Don Anselmo, alto y distinguido, con decorativas ojeras y orejas desafiantemente despegadas, había ganado hacía tiempo la cátedra que había estado vacante durante años, y

antes ocupada por alguien que tenía entre los alumnos fama de haber sido republicano represaliado por el régimen de Franco. Lo cierto es que un buen día debió de obtener el perdón de sus pecados, y ello le permitió volver al púlpito, desde donde dictaba unas lecciones cansinas pero salpicadas de maldades. Adalberto no fue alumno suyo, pero de él se contaban esas anécdotas que el alumnado agranda, convirtiéndolo poco menos que en un heroico activista antifrancquista cuando lo cierto era que no había pasado de ser un infeliz. Eso sí: masón. De esta condición sí se tenía constancia, pues, cuando ya la pertenencia a esta organización había dejado de tener el *glamour* del secreto, había aparecido en una foto de la revista *Interviú* vistiendo el mandil, al lado de otros cofrades, en una *tenida*.

El temible masón no solo se había jubilado, sino que se había reunido con el Supremo Arquitecto antes de lo que él hubiera deseado. Pasada una buena porción de años, don Anselmo se hizo con aquella cátedra. Los alumnos no se interesaban por los entresijos de cátedras y cargos universitarios, asuntos que les parecían intrigas de viejos, pero siempre había algún enteradillo que seguía los avatares de tal oposición a una plaza vacante, de la pugna por el decanato, de que tal profesor no saludaba a la directora de su Departamento porque se creía con más derecho que ella a ocupar tal sinecura y por años le mantuvo los ma-

los modos, sin que se le ocurriera jamás levantar bandera blanca...

A Adalberto lo que le inquietaba era la entrevista con don Anselmo. Era claro que le iba a proponer colaborar con él, pero ¿en qué forma?, ¿con qué seguridad?, ¿cuáles podían ser las perspectivas? La carrera universitaria es larga, más larga que las demás, hay que escribir una tesis doctoral y eso lleva tiempo, después publicar algunas cosas que sean bien valoradas por el gremio, hacer estancias en el extranjero para aparentar ser un cosmopolita, y Adalberto no tenía sino muy vagos conocimientos de inglés; no podía uno indisponerse jamás con el don Anselmo de turno... En fin, que Adalberto no pegó ojo aquella noche y llegó al despacho de don Anselmo exhausto pero fortificado por un café doble y un pastel de manzana, dispuesto a escuchar con atención, porque intuía que se estaba jugando el futuro.

Don Anselmo le enseñó la biblioteca, dijo que la estaba haciendo él porque la cátedra había estado mucho tiempo sin titular, y su predecesor —aquel republicano desvaído de quien quedaba flaca memoria— solo se había ocupado de intriguillas políticas y, además, era un indocumentado. Muy orgulloso, don Anselmo le mostró las revistas a las que se había suscrito: en francés, en inglés, en alemán... Aunque pronto se dio cuenta Adalberto de que su profesor nada o muy poco sabía de inglés, y muchos menos de alemán; en

francés, sin embargo, don Anselmo se manejaba con soltura. Allí estaban aquellas publicaciones como están en las casas de los cazadores las cabezas de las piezas que han abatido, o, en las de los toreros, las de los toros a los que lograron cortar en la plaza los apéndices y que les abrieron la puerta grande.

Después, ya sentados el uno frente al otro, don Anselmo dijo claramente:

—Tengo una plaza de becario, setecientos euros al mes, sin seguridad social, y dos años de vigencia. Podría usted empezar a escribir una tesis, y convendría que de momento se leyera algunos libros y algún comentario a la Constitución, que nunca «hace daño» —añadió socarronamente—. Pero... —había un pero—: tiene que contar con un contrincante. Le conoce seguro, se llama Lucio, Lucio Álvarez Fresneda, es de su curso o quizás de alguno superior, tiene muy buen expediente, sobresalientes y matrículas de honor, excepto en mi asignatura. A mí no me gustó como estudiante, no le encontré la gracia. Habla francés porque nació en Francia, donde vivió hasta los quince años.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó Adalberto.

¿Habían de enfrentarse los dos? ¿Ante quién o quiénes? ¿Había algún tribunal que decidiera estas contiendas? Quiso saber si de verdad tenía posibilidades, porque, si no era así, ya se buscaría la vida por otros derroteros.

—Usted presente la documentación en el Rectorado. Luego se constituye una comisión para valorar los méritos. No de esta plaza, sino también de las otras becas que salen al mismo tiempo: en este caso una de Literatura Hispanoamericana y otra de Zoología. Junto con la nuestra, son tres.

Y precisó más don Anselmo:

—La comisión, ya sabe usted cómo son estas cosas en la Universidad, está presidida por un catedrático elegido por el rector; puede ser un catedrático de Matemáticas, cualquiera. Luego hay cuatro miembros más: un profesor titular, votado entre los de esa categoría, un representante de los sindicatos, un estudiante de la junta de delegados y una persona de la administración que suele ser un jefe de sección, que eligen en asamblea también estos funcionarios.

Y, ya embalado, añadió don Anselmo:

—En mis tiempos, cuando yo empezaba, estas cosas no se hacían así, pero ahora ya sabe que con esto de la Universidad participativa, autónoma y qué sé yo, todo ha cambiado, yo me he ido acostumbrando poco a poco y ahora, ¿qué quiere que le diga?, hasta lo veo normal. En cualquier caso, lo mejor es estar a bien con quienes mandan, nosotros estamos aquí para estudiar. Si le hablo de esta beca ahora, ¿le puedo llamar Adalberto?...

—Claro, no faltaba más.

—Pues, como le iba diciendo, Adalberto, si le hablo de esta beca es porque no me ven con malos ojos en el Rectorado, por lo que puedo ofrecerle este trabajo, pues voté al rector en las elecciones. Si no hubiera sido así, ni en sueños podría pensar en disponer de una beca para mi cátedra. A veces me enfurezco con estas arbitrariedades y con lo que de turbio hay entre los muros de esta casa dedicada a la ciencia, pero acabo pensando si no seré un soberbio. En fin... —acabó don Anselmo.

Luego de un silencio académico prosiguió:

—Estas cosas no son las que tienen que ocuparle a usted de momento, ni quiero enseñarle maldades que la vida le irá desvelando aquí en la Universidad si logra la plaza, o fuera de ella si no la logra. Prepare la documentación y...

En ese momento llamaron a la puerta pidiendo permiso para entrar.

Concedido por don Anselmo, entró Lucio Álvarez Fresneda: el contrincante de Adalberto.

Era bien conocido, había sido el empollón oficial de la Facultad, el que se llevaba todas las matrículas de honor y del que se decía que encima escribía poesía. Al menos solía llevar, junto a códigos y leyes, antologías de poetas antiguos, modernos... Lucio no era un chico guapo, pero tenía cierto encanto, y, como era el listo de la clase, no dejaba de tener su éxito con las chicas; aunque —por lo que se decía— poco

lo aprovechaba, porque él era más de bibliotecas que de discotecas. Decía no ser ni de «derechas» ni de «izquierdas», una rareza pues nadie confesaba esa equidistancia, aunque lo cierto es que, había que reconocerlo, le sentaba bien pertenecer al género epiceno. Lo que sí hacía Lucio era estudiar, y, si no estudiaba, sacaba buenos rendimientos gracias a sus aptitudes. Hablaba francés porque en Francia había vivido y cursado el bachillerato, pero, además, llevaba años estudiando alemán en la Escuela de Idiomas. Todo esto lo contaba una chica que solía desayunar con él.

Don Anselmo le comunicó que Adalberto le había mostrado interés por el Derecho Constitucional, lo que no era cierto, y que lo justo era por lo tanto que ambos concursaran a la plaza de becario anunciada por el Rectorado. Lucio miró a Adalberto por encima de las gafas de forma inquisitiva. Tampoco él mostró mucho interés por hacerse el simpático.

Adalberto decía mentalmente adiós a la beca, pues Lucio tenía mejor expediente, y así tendría que reconocerlo el Rectorado. Pero no dio la batalla por perdida; se informó de quiénes formaban parte de la comisión y allí apareció uno que había conocido superficialmente en vagas reuniones políticas.

Habló con él y le confió que Álvarez Fresneda era un tipo orgulloso, un sujeto altivo que lo único que iba a hacer era crear problemas en la Facultad. Además se le había visto

con gentes de la extrema derecha, de esos que van con banderitas de España en la muñeca y organizan de vez en cuando una manifestación, siempre contra los «rojos», claro. Como era la primera vez que se convocaban estas becas, no existían criterios seguros para su otorgamiento, por lo que, a toda prisa y de forma chapucera, ¿por qué no decirlo?, habían redactado un baremo que claramente favorecía a Adalberto, al primar el hecho de haber acabado la carrera ese mismo año y no el anterior, como era el caso del superdotado Fresneda.

Pasó el tiempo, Adalberto acudía al seminario de Derecho Constitucional a ojear los lomos en los anaqueles. Se abrumaba con su cantidad; empezó a agobiarse pensando en si tendría que leer aquello y aprenderlo... La verdad era que todo para él se convertía en un nudo de zozobras y un despliegue cruel de vértigos.

Saludó al profesor titular, es decir, al segundo de don Anselmo, a quien conocía porque le había dado clase. Era este un joven hablador, enteradillo, que hacía las veces de secretario de un vicerrector, lo que le permitía tener mano en el Rectorado y hablar del rector no como don Manuel, sino como Manolo. En aquellos días de sus visitas a la biblioteca de la cátedra, la verdad es que Adalberto no le vio nunca leyendo un libro pero sí llamando por el móvil, mandando mensajes, blasonando de haber hablado con el viceconsejero de Educación de la Junta Autónoma, reservando un vue-

lo para dar una conferencia en Medellín... Esos eran más o menos los afanes de Carlos Julián, que así se llamaba el joven docente, aunque todos le llamaban *Charlie*. Tipo simpático, nadie hablaba mal de él porque lo cierto era que, si podía, hacía el favor que en su mano estuviera. Y estaban muchos por estas conexiones con el mando que había tejido gracias a su vocación de servicio.

Un día Charlie cogió a Adalberto muy en secreto, le metió en su despacho, se aseguró de que la puerta estaba cerrada y nadie merodeaba por los alrededores y le confió que podía contar con la beca, que la Comisión aún no había decidido, pero que le habían comentado quiénes iban a cortar el bacalao porque formaban mayoría, es decir: el estudiante, el jefe del servicio de reprografía y el *sindicalero*, y que la beca era de él, que Fresneda puntuaba peor en alguna casilla y además... y aquí bajó sensiblemente la voz, lo que don Anselmo quería era crear un equipo que le fuera afín y Fresneda no encajaba, «pues los únicos aprobados que tiene en la carrera son en Derecho Constitucional, mientras que a ti te doy sobresaliente los dos cursos. Además, Fresneda es un anticuadillo, habrás visto que hasta suele llevar corbata...».

De lo de la corbata tomó nota inmediatamente Adalberto porque algunas veces él mismo la llevaba, así que se propuso condenar las pocas que tenía a un cajón remoto para no caer en la tentación. Cuello abierto, jersey, pantalón

de pana... todo desordenadamente conjuntado y desaliñadamente aliñado.

La feliz noticia llegó. Adalberto era el beneficiario de la beca, tal como le había anunciado Charlie. Fresneda no apareció por la Facultad, aunque dijo a quien quiso oírle que interpondría recurso.

No lo hizo. No habían pasado dos semanas cuando don Anselmo convocó en su despacho a Charlie, a Adalberto, como nuevo becario, y a un estudiante de tercero o cuarto que hacía las veces de colaborador honorífico o algo así y era resobrino de don Anselmo, por parte de cuñada. Comunicó don Anselmo que Fresneda, al tiempo que intentaba quitarle la beca al amigo Adalberto, presentaba los papeles en el Real Colegio de España en Bolonia, y, como tenía muchas matrículas de honor, allá que se iba, con lo cual desaparecía del horizonte para doctorarse en Italia. *Buon viaggio.*

Entrar en el Rectorado es lo mismo que para un novicio entrar en el obispado de su diócesis. Una ocasión llena de solemnidad y envuelta en un cierto halo de litúrgico misterio. Aunque había una parte del edificio decadente y ojeroso que había sido construido en el siglo XIX y que albergaba las oficinas del rector, el resto era muy de ahora, muy funcional,